

## DIÁLOGOS GALANTES.

I.

— Cómo nieva, Condesa! Y cómo pesa esa racha invernal sobre mi espalda!

— Tomad, viejo barón, un lazo gualda que se parece al Sol.

— Gracias, condesa.

— En vuestros ojos hay una infinita ansiedad de morir....

— En vuestra mano, al trasluz del crepúsculo lejano, un violáceo marfil que se marchita.

Y sin embargo sois, Condesa, hermosa!

— Vuestra voz, gris barón, vale un poema....

Besad esta otoñal rosa suprema.

— Vos sois también, una suprema rosa....

— Si me diéseris el pecho como armario....

— Si me diéseris el alma como llave....

Oh, mi rosa suprema, tibia, suave!....

— Oh, mi pálido valetudinario!....

II.

— Lirio, os espera en el piano el espectro de Chopín.

Vamos á un mundo lejano

de utopías; quereis?

— Bien.

— Vibrad algo taciturno, desmayado, suave, gris....

— ¿Os interesa un *Nocturno*?....

— Oh! más que un sueño de *hatchís*.

— Oid: Si.... do.... re.... la.... si....

— Loco, de Chopín en pos

voy, Lirio, y muero por ti!

— Silencio!

— Y sufro por vos....

— Fa.... mi....

— Qué delicadeza!

— Do.... re.... sois todo un esteta.

— Estais pálida, condesa!

— Estais pálido, Poeta!

## DIÁLOGO.

— Vuestro labio colorado es un rincón del Infierno. Vuestro cabello empolvado es un paisaje de Invierno.

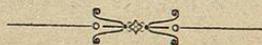
Es vuestro cuello exquisito tallo de una flor de Loto. Vuestros ojos infinitos dos carreteras de Kioto.

Vuestra boca es una mueca de risa funambulesca. Vuestra mano de muñeca una brevedad chinesca.

Vuestro pie, niño que inquieta, lo envidiara Cendrillon, Vuestro corazón....

— Poeta!

Yo no tengo corazón....



## COMPOSICIONES VARIAS (1)

## LECTURAS.

De la dichosa edad en los albores  
Amó á Perrault mi ingenua fantasía,  
Mago que en torno de mi sien tendía  
Gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores  
Fué Lamartine mi cariñoso guía.  
« Jocelyn » propició, bajo la umbría  
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda  
Al corazón, que austeridad entraña.  
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé á Cervantes. Sensación más ruda  
Busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña  
Vuelvo á Perrault, me reconcentro, y río!...

José E. Robó.

## TROPICALES.

Vive en mi mente soñadora el fuego  
De tu amoroso y lá guido mirar,  
Como en el fondo del celeste abismo,  
De los astros los rayos del cristal;  
Pero estos al surgir el nuevo día  
Se airopan en su manto de zafir,  
Mientras la luz de tu mirada excelsa  
Nunca se oculta ni se apaga en mí.

Surge en Oriente la risueña aurora  
Besando con su lumbre el cielo azul,  
Como surgen en mi alma tus sonrisas  
Para inundarme de celeste luz;  
Pero las nubes de Occidente vienen  
De la aurora las tintas á cubrir,  
Mientras la luz de tus sonrisas, mi alma,  
Nunca ha dejado de brillar en mí.

Corre silente perfumada brisa  
Cantando entre el ramaje del verjel,  
Como canta en el fondo de mi pecho  
El eco de tu voz, bella mujer;  
Pero al tender la noche sus crespones  
Aléjase la brisa hasta el confín,  
Mientras que amante el eco de tu acento  
Nunca se aleja ni se apaga en mí.

(1) Las poesías que insertamos en esta sección, pertenecen á escritores que sin haberse caracterizado como poetas, han escrito composiciones de mérito en ocasiones determinadas, ó á jóvenes que se inician, y que aún no han desenvuelto su personalidad literaria.

Graba en la arena de la playa el agua,  
De las sirenas el celeste amor,  
Como tu imagen de nereida amada  
Grabada tengo aquí en mi corazón;  
Pero otras olas tempestuosas borran  
Lo que aquéllas llegaron á escribir,  
Mientras tu imagen tempestuosas dudas  
Nunca lograron desterrar de mí.

Y es que tu imagen, tus sonrisas bellas,  
Tus miradas y el eco de tu voz,  
Son la vida de mi alma solitaria,  
La sangre de mi triste corazón;  
Es que si tu recuerdo un solo instante  
En mi pecho dejara de latir,  
El frío de la muerte por mis venas  
Sólo hallarías al tornar á mí.

\*\*\*

Cuando tomo la pluma y al trabajo  
Consagro unas cuartillas de papel,  
Sólo acierto á escribir una palabra,  
Que es tu nombre gentil, mi dulce bien;  
Y si escucho tu voz idolatrada,  
Si vivo con tu aliento de jazmín,  
Si mis ojos no ven sino tus ojos,  
Es que tú, más que yo, vives en mí.

Despierto te contemplo seductora  
A mi lado, dejándote adorar,  
Y en sueños te adivino como un hada  
Que embarga el corazón con su beldad;  
Y está unida á mi mente tanto, tanto,  
Tu rostro encantador de serafín,  
Que no puedo tener un pensamiento  
Sin que haya de pensar, mi bien, en ti.

¡Oh mi amada gentil! Si también sientes  
Este fuego que vibra aquí en mi sér;  
Si á mi acento despiertas y me escuchas  
Soñando con las glorias del Edén....  
Oyeme: no me digas que me adoras  
Ni que es mío tu excelso porvenir,  
Pues tal felicidad me mataría  
¡Y así no pensaría más en ti!

¡Oh! ¡No pensar en ti! ¡Oyes, mi amada?  
Si la vida, negándome su luz,  
Hiciera que mi mente se olvidara  
De que aun existes en la tierra tú,  
Llega, entonces, un día hasta mi tumba,  
Y, al sentirte á mi lado discurrir,  
Aunque Dios no lo quiera, ni los cielos...  
Yo me alzaré para pensar en ti.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

## CAVE NE CADAS.

De la vida social en el barullo,  
la mente observadora sólo halla:  
arriba, las miserias del orgullo;  
abajo, la ambición de la canalla.

Daniel Martínez Vigil.

La humanidad á comprender alcanza,  
En el mar de la vida turbulento,  
Que es cada acto infantil una esperanza,  
Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo  
Vigor para arrostrar la cruda guerra,  
El hombre, que nació para el trabajo,  
Se enardece al contacto de la tierra.

No desmayar! no desmayar! La vida  
Vale fuerza, poder, ardor, combate.  
Para mí es un mortal que se suicida  
El que en la triste adversidad se abate.

No hundir la noble frente entre lo impuro  
Por no ver del triunfar la hora cercana!  
¡Siempre se muestra el cielo más obscuro  
Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,  
No se somete á yugos ni cadenas,  
Y es cada pensamiento de su frente  
Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada,  
Hay que aprestar los vírgenes aceros.  
¡La vida es una lucha despiadada  
De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,  
Los amargos y rudos sinsabores.  
Cobarde no es quien teme la pelea:  
Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo,  
Sino pelear con ínclitas bravuras,  
¡Por algo lleva el hombre con orgullo  
La frente dirigida á las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;  
La vida no es para quien sufre y calla.  
¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!  
¡Hay que aplacar á gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,  
Valientes combatamos mucho, mucho...  
¡Hay que pelear al pie de la bandera  
Hasta quemar el último cartucho!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

**MAL DE MUCHOS.**

Avalancha de eróticas legiones  
son las ideas de su pobre mente,  
cuando copia el furor incandescente  
de Salomé en sus lúbricas pasiones.  
Visionario infeliz, hace girones  
su cerebro fundido en lava hirviente,  
y en el pecho infernal dice que siente  
los espasmos de cien generaciones.  
¡Gran insensato! la Razón injuria  
cuando quiere probar que no es pigmeo,  
que hay alientos de ciclope en su furia!...  
Y no es más que un lascivo Prometeo  
atado con cadenas de lujuria  
á la maldita roca del Deseo!...

ALFREDO VARZI.

**RAPSODIA.**

Sueño de oro de la época querida,  
Pasad sin hesitar,  
Porque la noche triste de la vida  
No tiene despertar.

Pensamiento de giro soberano  
Y forma escultural,  
No dejéis al capricho casquivano  
Vuestro sello genial.

Ilusión vaporosa que cruzabas  
Como estrella fugaz,  
No vuelvas, que la musa que animabas  
Era sombra falaz.

Almas gigantes que cruzais el mundo,  
Detened vuestro vuelo,  
Y escuchad el lamento gemebundo  
Que no llega hasta el cielo.

Corazón luchador, agujoneado  
Por dudas y dolores,  
Vence ó cae, que el camino está sembrado  
De espinas y de flores!

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

**FRÍOS DE OTOÑO.**

Caen arrolladas las amarillas  
Y mustias flores de las acacias,  
Y en los jarrones de tus jardines  
Tristes dormitan las rojas dalias.  
No hay aleteos en los juncales;  
En los guayabos duermen las auras;  
Cubren el trébol de verdes hojas  
Las titilantes gotas de escarcha.

Todo se muestra como la novia  
De dulces ojos y veste blanca;  
Hay en el cauce de los arroyos  
Trozos de nieblas immaculadas.  
Ya balancean las madre selvas  
Sus trepadoras desnudas ramas,  
Y en los esteros de la laguna  
Pliega el zancudo sus grandes alas.

Caen arrolladas las amarillas  
Y mustias flores de las acacias,  
Y el ave negra de las tristezas  
Hace su nido dentro del alma.  
En los rosales de tus jardines  
Se han deshojado las rosas pálidas;  
Es que la fría brisa de otoño  
Sus tersos pétalos acariciara.

Todo se muestra como la novia  
De dulces ojos y veste pálida,  
Y en sus murmullos las casuarinas  
Remedan tristes cadencias de harpas;  
Pero la alondra de mis ensueños,  
La que en mi pecho perenne canta,  
Tiene canciones desconocidas  
Que arrullan siempre mis esperanzas.

Bajo la copa de los ombúes  
No se oye el ritmo de la guitarra,  
Que adorna amante la linda rubia  
Con verdes ramos y cintas blancas;  
Ya no modula la grata endecha  
Que tiene arpegios de notas mágicas,  
Porque la fría brisa de otoño  
Sus finas cuerdas acariciara.

Entre el ramaje de la arboleda,  
Los gruesos troncos de añosos talas  
Parecen grises formas gigantes  
Que el ángel frío las desnudara.  
Ya no se escuchan las notas regias  
De los boyeros y las calandrias,  
Ni hay aleteos en los juncales,  
Y en los guayabos duermen la auras.

En los florones del camalote  
Se ha marchitado la flor morada,  
Y los vaivenes de la corriente  
Columpian sólo sus hojas anchas.  
De las gaviotas se ven las plumas  
Vogar errantes sobre las aguas,  
Y en el barranco las margaritas  
Lucen su traje de desposadas.

Cuando las sombras crepusculares  
Cuelgan sus velos en mi ventana  
Y mueren tristes en los jardines  
Las azucenas de alburas castas,  
El ave negra de las tristezas  
Hace su nido dentro del alma,  
Y tiende el vuelo mi pensamiento  
A otras regiones con locas ansias.

GONZALO LARRIERA VARELA.

## TRISTE.

Amada: cuando te alejas  
Hacia tu paterno hogar,  
Vas triste, porque me dejas,  
Y son amargas tus quejas  
Como las aguas del mar.

Vas triste, cual el proscrito  
Lejos del suelo natal:  
Llevas en la frente escrito  
De tu dolor infinito  
El poema sin igual.

Vas triste, cual los judíos  
Cuando cautivos se ven,  
Siervos de reyes impíos,  
A orillas de extraños ríos  
Y lejos de su Salén.

Del amor mío sospechas  
Tú, que se extinga el volcán:  
Me dejas tiernas endechas,  
Diciéndome que sus flechas  
Los celos te arrojarán.

Por eso, mi bien, vas triste  
Y es sin lindes tu dolor:  
Tu alma de luto se viste,  
Porque ignoras que resiste  
Todas las vallas mi amor.

Amada: porque me quieres  
Como siempre te querré,  
Con crueles dardos te hieres  
Y amargas quejas profieres,  
Entre la duda y la fe.

AURELIANO G. BERRO.

## MIS HIJOS.

Fuente perenne de concordia y dicha,  
Lazo de unión entre el Creador y el hombre,  
Semilla que engarzais con el futuro  
De la pasada vida nuestro nombre:  
Con vosotros se avivan los recuerdos  
De aquella confidencia

Que arrulló cariñosa nuestra cuna  
En la bendita edad de la inocencia.  
Todo en vosotros vive, amor, fortuna,  
Placeres y promesas y esperanzas,  
Y hasta los sueños de color de Luna.

Ah! dejadme que cante y á porfía  
Repita vuestros nombres adorables;  
Los digo tantas veces en el día  
Lleno de amor y de emoción y encanto,  
Que no extrañéis que á la memoria mía  
Refluyan cuando lloro y cuando gozo,  
Cuando lucho en la vida y cuando canto.

Oh! si la voz de vuestros labios siento,  
Mezcla divina de pureza y risas,  
Es tan hondo, tan tierno el sentimiento  
Que en mi cabeza y corazón palpita,  
Que si el alma ante el mundo desfallece,  
Por vosotros de nuevo se estremece  
Y hasta mis canas su emoción agita....

Ya sabeis, hijos míos, como cruzan  
Las horas de mi vida;  
Las departimos juntos sin recelos,  
Mi suerte con la vuestra confundida,  
Juntando en el crisol de la inocencia  
Mis afanes, mis glorias y mi ciencia.  
Así al vaivén de la fortuna vária  
Navego entre borrascas y entre brisas,

Sin escuchar de amor otra plegaria  
Tan íntima tan tierna y candorosa  
Como aquella que imprimen vuestros labios  
En el puro dosel de las sonrisas.

Venturosa oración que me embriaga,  
Que inquieta mi cerebro y me ennoblece,  
Que mi cansado corazón halaga  
En las horas más negras del destino  
Cuando braman las olas vencedoras  
Sacudiendo la nave que gobiernan  
La esperanza y la fe del peregrino.

Yo sueño, hijos del alma, con auroras,  
Con Lunas y con Soles que abrillante,  
Y encuentro, desgraciado, en mi camino  
Sólo desiertos de espinoso acanto.  
Yo vi la realidad de la desgracia,  
Sobre las ondas de la suerte impía  
Crecer, llegar y lastimar mi frente;  
Y ante el Nemea que mi pecho hería  
Con el ¡ay! de un suspiro, de un lamento,  
Mi espíritu crujió bajo las alas,  
Bajo las negras alas del tormento.  
Mas en la lucha que sostuvo el alma,  
Buscando entre las breñas su alimento,  
Me encontré con vosotros tremolando  
De mis ensueños y ambición la palma,  
No es Edipo el que gime y va buscando  
La paz, la salvación de su conciencia;  
En los lindes talvez de mi existencia  
Yo anhelo las caricias de mis hijos,

Porque batallo y suíro,  
Palpando de la Duda la inclemencia  
Al quebrar el vigor de mis penates  
Con los fueros augustos de la ciencia  
En acerbos y en hórridos combates.  
Ah! en esa lucha digladiante y fiera,  
Que mi altivez sostuvo,

Yo ví la ingratitud en el camino  
Levantar sus columnas altanera,  
Ví el vicio en las alturas, y en el llano  
La honradez, como burla del destino,  
Queriendo derribar una barrera  
Con el aliento de su esfuerzo vano;  
Ví primar las miserias de la vida  
En las justas más nobles de la idea;  
La amistad mancillando sus laureles  
Con el brillo fugáz de una presea....  
Es por ello que busco entre vosotros,

Seguro de encontrarlos,  
Los placeres del fin de mi carrera:  
Vosotros sois mi Dios, sois mi esperanza,  
Y entre el rumor de una amistad sincera,  
Luciente pedestal de mi confianza.....

Ah! cuando acudan á plegar mis ojos  
Las horrorosas leyes del Arcano,  
Borrando para siempre mis arrojados,  
Mis Lunas, mis auroras y mis Soles  
Que hoy brillan en los fondos de mi cielo

Con esmaltes de estrellas y arreboles;  
 Y perciba ya el fondo de la huesa,  
 Fatídica mansión de tanto anhelo,  
 Con vuestro propio porvenir sembrado  
 De luto, de mentiras y de duelo;  
 Y ya mis secos labios no pronuncien  
 Los nombres de mi culto, el más sagrado:  
 Ay! en presencia de un amor que espira  
 Salpicando de lágrimas mi frente  
 Con los ojos caldeados por el llanto  
 Y un lapso de placer siempre presente;  
 En medio al estertor de esa agonía,  
 Último aliento del que os quiso tanto,  
 Deploraréis la falta del cariño,  
 De ese inmenso cariño, hijos del alma,  
 Que vibra apenas en mi humilde canto.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

### MEDITACIÓN.

¡Dios sólo es grande! El soplo de su labio  
 Puede hundir en la nada al Universo.  
 ¡Dios sólo es Dios! La noche está en su mano,  
 En sus ojos la luz del firmamento.  
 Cuando pasa la nube amenazante,  
 Surcando de relámpagos el cielo  
 ¿Va en ella acaso el ángel de sus iras,  
 El ángel Izrafil, el justiciero,  
 En tromba de violentos huracanes,  
 Tocando el arrebató de los truenos?  
 Cuando la tierra en ondas trepidantes  
 Agita su corteza con estruendo,  
 Y alza ó sumerge los antiguos montes,  
 Seca los ríos y vomita fuego,  
 ¿Es que un rayo perdido de su enojo,  
 Rayo que con Satán cayó al Averno,  
 Pugna por quebrantar su oscura cárcel,  
 Y volver de la luz al foco inmenso?  
 ¿Qué sabemos nosotros los humanos  
 De nuestro porvenir, de los misterios  
 Que envuelven esta vida miserable,  
 O esta esfera de arcilla encierra dentro,  
 Del peligro que esconden las tinieblas,  
 Del abismo que el mar guarda en su seno,  
 De las furias que surgen del espacio,  
 Cabalgando el ciclón de alas de viento,  
 De cuanto nos rodea ó nos acecha?  
 ¿Que sabemos nosotros? ¿Qué sabemos?..  
 ¡Ay! tan sólo lloran sobre las ruinas  
 De nuestro corazón ó las del suelo,  
 Claman piedad al Dios á quien en vano  
 Quisiera adivinar el pensamiento,  
 Dar llanto al mar, suspiros al espacio,  
 Y á la tierra insaciable nuestros muertos.  
 Sólo una luz de dulces resplandores,  
 En medio á tantas sombras un reflejo

Con brillo sideral á veces luce  
 De nuestro propio corazón surgiendo;  
 Y esa luz sacrosanta y misteriosa  
 Que al alma enseña su camino eterno,  
 Eres tú, *Caridad*, iris hermoso  
 Que tras la tempestad brotas inmenso,  
 Reflejando tus vívidos colores  
 De los que sufren en el llanto acerbo,  
 Y en parábola hermosa de diamantes  
 Con tu fulgido lazo unes los pueblos,  
 Trasfundiendo el amor y la esperanza  
 A través de los mares y los cielos.

NICOLÁS GRANADA

### Á ÉL.

Llegan las dulces horas de la tarde  
 Sumiendo el alma en celestial ensueño,  
 Los pesares se borran  
 Tras los fulgores de irisados velos.

Frente al bello esplendor de la campiña  
 Que baña el sol en vívidos reflejos,  
 En enjambre divino  
 Brindan las Ilusiones, su misterio.

En esas horas de sin par dulzura,  
 De eterna languidez, cuando en el cielo  
 Se reclinan las nubes,  
 Y es todo acá en la tierra, paz, silencio...

Cuando las flores con amor extienden  
 La tenue seda de sus niveos pétalos,  
 Y en el aire hay perfumes  
 Suaves y puros, de azahar y trébol.

Mi alma te llama; sus potencias todas  
 Vibran unidas en ferviente anhelo,  
 El de posar los ojos  
 Sobre los tuyos de mirar sereno.

Pasan las dulces horas de la tarde  
 Como aves bellas en pausado vuelo,  
 La luz en la onda muere,  
 La sombra extiende sus crespones densos.

No dejes que la lúgubre tristeza  
 Tienda los suyos en mi amante pecho,  
 De tu mirada pura  
 La luz divina cual caricia quiero.

Quiero tu dulce amor y con delirio,  
 Como los siento en mis más dulces sueños,  
 Sentir como palpitan  
 Sobre mi frente, tus ardientes besos.

CLARA GIANNETTO.

**VOLUPTUOSA.**

Yo quisiera mirar en tus ojos,  
donde luces muy lánguidas brillan  
coronadas de azules reflejos,  
radiosos fulgores de llama lasciva.

Yo quisiera á tu carne, que es mansa,  
trasmitir el ardor de la mía  
y á tus labios, delgados y tibios,  
prestarles el fuego que mi alma calcina.

Yo quisiera poner en tu seno,  
donde amores virgíneos anidan,  
el incendio voraz de las ansias  
de goces sensuales y ardientes caricias.

Porque entonces hallara en tus brazos  
no las de ora ternezas sin vida;  
no los besos que ideales engendran,  
no el casto deleite, mi blanca odalisca.

Que atrofiadas las fibras de mi alma,  
por exceso de puras delicias,  
la materia ardorosa se impone,  
pidiendo placeres, que espasmos terminan...

¡Qué feliz, si trocaran tus labios  
dulces besos de aroma divina,  
que ilusiones dormidas despiertan,  
en besos que fueran cual lava encendida!

¡Qué feliz, si te viera, anhelante,  
inflamadas las tiernas pupilas,  
cuando loco en mis brazos te oprimo,  
al líbrico influjo mostrarte rendida!

¡Qué feliz, si entregada á mi anhelo  
de tu cuerpo la flor purpurina,  
en su gruta de amor, misteriosa,  
mi lujuria quedara vencida —  
y al vibrar de tu carne incitante  
de nuevo surgiera, viril, infinita!...

JUAN CARLOS MENÉNDEZ.

**POEMA ROMÁNTICO.**

El cantor de la rimas coquetas  
Ritmo un canto á los ojos violetas;  
Y escogiendo una flor una núbil divina,  
En la huerta muriente á la luz vespertina,  
Hé ahí que escuchó del cantor de las rimas coquetas,  
El sedeno, el extático canto á los ojos violetas.

Deshojando los pétalos rojos  
De esa flor, retratóse en sus ojos  
Un poema romántico, bello poema  
Que en su faz diluyó resplandor de diadema:  
Esa luz tan sutil, más nivosa que polen de flor  
Que se filtra y germina en las almas, naciendo el amor,

En la mesa la niña mimada,  
No ostentaba la flor encarnada,  
El contraste del blanco mantel y la rosa  
No bebía esa noche la vista afanosa.  
Más, ¿qué importa, si había en sus ojos la luz de diadema  
Que cantaba un poema romántico, bello poema?

Por oír el divino cantor  
Ella vuelve á escoger una flor,  
Mas transcurre la tarde en la huerta muriente  
Y no escucha... ¡ya más!... al gentil confidente  
Que elevara en sus ritmos perlados de rimas coquetas,  
El sedeno, el extático canto á los ojos violetas.

Otra flor, esa tarde, deshoja,  
Mas, su alma, febril, se acongoja,  
Pues la flor que deshoja es su misma ilusión...  
Ya se extingue en sus ojos la dulce canción,  
El poema romántico, bello poema ha cesado,  
Y semeja una herida la rosa en su pecho nevado.

FRANCISCO G. VALLARINO.

**LAS FATALIDADES DEL AMOR.**

En los tardos crepúsculos, Clarisa  
solía visitarme, cual si fuera  
una joven hermana de enfermera  
á quien condecorase una sonrisa.

Y la cosa fué así, su primavera  
vertió sobre mis ojos su indecisa  
y ortodoxa pasión de profetisa  
que se ha iniciado por la vez primera.

Y fué tan triste el caso, cuando una  
amiga de nosotros, importuna,  
le narró la verdad de mi tristeza,

Que Clarisa ha vestido de viuda,  
y en los tardos crepúsculos se muda  
el ligero crespón de su cabeza.

ELISEO RICARDO GÓMEZ.

**NOCHE.**

Desmenuza, al pasar, la flor del loto  
Con sus dedos finísimos la brisa,  
Y el crepúsculo afecta una sonrisa  
Dibujada en los labios de un ignoto

Semblante. Las gavillas señoriales,  
Abaten sus cabezas gravemente,  
Y un instante de luz hiere en la fuente  
El agua de prismáticos cristales,

El toque militar de los clarines  
 Ensayan los ejércitos alados,  
 Y maniobran, en línea desplegados,  
 Hacia la vaguedad de los confines.

Uniforman sus rudas cabelleras  
 Los sauces somnolientos y lejanos,  
 Y desbórdase el germen de los granos  
 En las innumerables sementeras.

En la paz de la noche comenzada  
 Acogen el misterio los ramajes,  
 Y con lujo de blondas y de encajes,  
 Hebe pasa en silencio y empolvada,  
 Ante la reverencia de sus pajes.

IT. EDUARDO PEROTTI.

### OJOS NEGROS.

Yo adoro las tinieblas de la noche,  
 y las horas solemnes del misterio,  
 y adoro las sombrías sepulturas,  
 y todo lo que es muerte y lo que es negro.

Yo adoro los abismos insondables,  
 y los antros profundos del Averno,  
 y adoro, como Poe, la negrura,  
 de las alas fatídicas del cuervo.

Yo adoro las tinieblas de la noche,  
 y todo lo que es muerte, y lo que es negro,  
 y adoro los abismos insondables  
 porque me acuerdo de tus ojos bellos.

IT. EDUARDO PEROTTI.

### ROMANDESCOS.

Vibró en la noche una guzla  
 bajo el gótico ajimez,  
 y a su ritmo un dulce canto  
 de amorosa languidez.

Asomó una forma esbelta  
 como á un conjuro de amor!  
 se oyó suspirar un nombre...  
 y enmudeció el trovador.

Se vió una escala un instante  
 desde el alféizar colgar...  
 y envuelta en hondo misterio  
 volvió la calle á quedar.

EDUARDO GANDOLFO.

### ANHELOS.

I.

Con dos pétalos de rosa  
 Hacer nuestra embarcación,  
 Y por la mar tempestuosa  
 Cruzar en célica unión.

II.

A la luz resplandeciente  
 De intenso rayo lunar,  
 Poner en tu blanca frente  
 Un racimo de azahar.

III.

Y seguir en la barquilla  
 Como Julieta y Romeo,  
 Hasta llegar á la orilla  
 En delicioso fraseo.

IV.

Después... de la lucha diaria  
 Correr el ancho camino,  
 ¡Entonando una plegaria  
 al príncipe del Destino!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

### TU Y YO.

Tú tienes la hermosura de María  
 Y del zorzal el rítmico fraseo,  
 Yo el alma varonil de Prometeo  
 Y del laúd la dulce melodía.  
 Tú eres el Hada virginal que un día  
 Me brindaste de Amor el devaneo,  
 Transportándome en alas del deseo  
 A un mundo de soberbia fantasía.

Yo soy el trovador que se enamora  
 Desde el rayo primero de la aurora  
 Al postrimer reflejo vespertino,  
 Y quien en ruda lucha con la suerte  
 ¡Besaría los labios de la Muerte  
 Por tapizar de flores tu camino!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

### LA VIRGEN MUERTA.

I.

Hacia su hogar encaminé mi paso  
 Y al verla muda, rígida y tendida  
 En el revuelto lecho, ya sin vida  
 Su entusiasta y amante corazón,  
 Sentí que el fuego de sus negros ojos  
 Se retrataba tenue en mi mirada,  
 Como cediendo al alma desolada  
 Luz para la postrera inspiración.

¡Estaba tan hermosa! Por sus labios,  
 Príncipes del amor y la poesía,  
 Vagaba la sonrisa todavía  
 Con que les dijo ¡adiós! para partir;  
 Y su pálido rostro era la imagen  
 De la Venus de Milo dormitando  
 En un lecho de plumas, y rasgando  
 Con su ingenio el capuz del porvenir.

Al mirarla de nuevo sentí que algo  
Me arrebatava sin cesar la calma,  
¡Era la despedida de su alma  
Compañera de mi alma al despertar!  
Entonces comprendí que hay un instante  
En que triunfa la suerte caprichosa:  
¡Ya no iría conmigo aquella diosa  
A doblar su rodilla ante el altar!

Y me alejé convulso y pensativo  
La fe perdida, el corazón deshecho,  
Resonando en el fondo de mi pecho  
El eco melodioso de su voz;  
Y al pensar en mi amor sin esperanza  
Cruzaron por la mente mil visiones,  
Semejando una furia de aquilones  
Que fuera á destronar al mismo Dios.

## II.

Al cementerio encaminé mi paso  
Cuando del sol el postrimer reflejo  
Banaba el prado. — El fúnebre cortejo  
Ostentaba una hermosa palidez:  
Blanco era el traje de la virgen muerta,  
Blanco el cajón, y blanco era el vestido  
De las jóvenes damas: Todo unido  
Tenía del lirio la alba desnudez.

¡Aun el recuerdo sin cesar me apena!  
Un sacerdote de cabello cano  
Echó el responso con que siempre humano  
Despide á los que van hácia el Señor;  
Y luego el pertinaz sepulturero  
El féretro llevó donde aun reposa,  
Lloré un instante, y en aquella fosa  
Quedó encerrado mi primer amor!

¡Oh! esa sultana de las trenzas de ébano  
Fué la ilusión de mi amoroso anhelo,  
La triunfal alborada de mi cielo  
Y el suave aroma de un soñado Edén;  
Ella templó las cuerdas de mi lira,  
Y arrulló mis eróticos cantares,  
Soñando coronar con azahares  
Su blanca frente y mi amorosa sien.

Y hoy que su imagen á la mente acude  
Como el gran sol que iluminó mi infancia,  
De esta flor la dulcísima fragancia  
Vaya á besar al bello querubín;  
Que en los días sin luz de mi existencia  
Yo seguiré su nacarada estela,  
Para escalar su trono de Graciela  
Y ser dichoso, aunque soñando... al fin!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

FIN.

## ÍNDICE ALFABÉTICO

Acuña de Figueroa. (Francisco)	Pág. 13
Acha. (Francisco Xavier de)	» 71
Araucho. (Manuel)	» 28
Arrascaeta. (Enrique de)	» 74
Arreguine. (Víctor)	» 215
Becchi. (Constantino)	» 162
Behety. (Matías)	» 112
Bermúdez. (Pedro P.)	» 70
Bermúdez. (Washington P.)	» 170
Bernárdez. (Manuel)	» 225
Berro. (Adolfo)	» 30
Berro. (Aurelio)	» 97
Berro. (Bernardo P.)	» 49
Busco. (José G. del)	» 205
Callorda. (Pedro Erasmo)	» 338
Castell. (Adela)	» 240
Delgado. (Asdrúbal E.)	» 340
De María. (Alcides)	» 154
Dufort y Alvarez. (Anacleto)	» 120
Fajardo. (Carlos A.)	» 81
Fajardo. (Heraclio C.)	» 78
Fernández y Medina. (Benjamín)	» 218
Ferreira y Artigas. (Fermin)	» 76
Flangini, hijo. (Alberto)	» 157
Fragueiro. (Rafael)	» 140
Frugoni. (Emilio)	» 275
Gómez. (Juan Carlos)	» 37
Gordon. (Eduardo G.)	» 91
Guerra. (Ubaldo Ramón)	» 258
Herrera y Reissig. (Julio)	» 285
Herrero y Espinosa. (Manuel)	» 152
Hidalgo. (Bartolomé)	» 24
Illa Moreno. (Juan José)	» 355
Jiménez de Aréchaga. (Justino)	» 349
Kubly y Arteaga. (Enrique)	» 214
Lamberti. (Antonino)	» 87
Lapuente. (Laurindo)	» 89
Lerena Juanicó. (Julio)	» 352
Maciel. (Santiago)	» 201
Magariños Cervantes. (Alejandro)	» 61
Martínez Vigil. (Daniel)	» 242
Melian Lafinur. (Luis)	» 115
Méndez Reissig. (Ernestina)	» 328
Mendoza. (José Román)	» 118